

"El Día Gráfico", Barcelona, 22 noviembre 1914

En el manifiesto que un número de sabios profesores ingleses han publicado en contestación al manifiesto de otro número de sabios profesores alemanes que al defender a Alemania de las inculpaciones que se le dirigían atacaban a Inglaterra, dicen aquéllos que «es, sin duda, difícil para los seres humanos considerar con justicia las contiendas de su país; quizás aún más difícil para los alemanes, educados en un ambiente de devoción a su Kaiser y a su ejército, bien pueste de manifiesto en los momentos actuales y que viven bajo un Gobierno que nosotros creemos no les consiente saber la verdad».

Y aun cuando la sepan es muy fácil que los sabios alemanes se crean en el deber, por patriotismo y hasta por técnica guerrera—ya que ellos también hacen la guerra a su modo—de callarla o desfigurarla o alterarla por completo. En nada como en la guerra, en efecto, tiene aplicación aquel principio que se adjudica a los jesuitas—miembros de una compañía militante también—de que el fin justifica los medios. Y los sabios—ya lo dijo Rousseau—son los hombres más fácilmente corrompibles, así como los más serviles ante los poderes públicos.

Cierto es que el austero Kant, la más legítima encarnación, la flor y crema del espíritu luterano, hizo de la ética el reino de los fines, condenó severísimamente la máxima maquiavélica y fulminó, a nombre del imperativo categórico los más terribles anatemas contra la mentira. Pero la ética es una cosa y la táctica es otra. La moral de la guerra—que es a su modo una moral, si se quiere inmoral—no sólo absuelve sino que prescribe la mentira. La guerra no es sólo violencia; es también engaño.

Kant proscribió y anatematizó la mentira, pero Schopenhauer, el pedante del pesimismo, tan prusiano como aquél, la defendió y la recomendó. Sostuvo que es el arma de los débiles y que éstos deben servirse de ella para defenderse de las asechanzas de los fuertes. A la moral caballeresca y leonina de los que nacen amos opuso la moral villanesca y zorruna de los que nacen siervos. Pero es que también los fuertes, o los que se creen serlo, recurren a la mentira y al engaño para reducir más fácil o más prontamente a los más débiles, a los que creen tales. (Que pueden muy bien engañarse en esto).

Los sabios ingleses recuerdan a Nietzsche, a Treitschke, a Bülow, a Bernhardi, que son, puede decirse, los evangelistas de la actual Alemania prusianizada o kaiserista—o sea cesarista—mucho más que aquel viejo prusiano



VNIVERSIDAD DE SALAMANCA

GREDO.SUALES



Kant, patriarca más bien de la vieja Alemania que todos admiramos y queremos, la de la verdadera libertad de conciencia. Y es curioso que las doctrinas, a las veces atroces y casi siempre inmorales, de esos evangelistas del kaiserismo tengan su origen en Inglaterra, en las enseñanzas, puramente objetivas y siempre muy cautas, de un espíritu tan piadoso, tan noble, tan humano como fué el de Carlos Darwin.

La famosa «struggle for life», la lucha por la vida, que Darwin estudió como factor del desarrollo y progreso de las especies vivientes, principio que se encuentra ya en otros dos famosos pensadores ingleses, en Hobbes y en Malthus, se convirtió en brutal imperativo categórico al llegar a la patria de Kant. No caben dos espíritus más opuestos que el de Darwin y el de Nietzsche. El inglés habría rechazado, de haberlas conocido, las consecuencias que el alemán sacó de sus doctrinas. Y Schopenhauer por su parte, el viejo prusiano pedante de pesimismo—no pesimista—en unas cartas en que habla de Darwin trata a éste con el pedantesco desdén de su característica infatuación.

Los sabios alemanes faltan a la verdad conscientemente, dándose cuenta de ello, y no sólo por la ignorancia en que les tiene de la realidad el ambiente de infatuación colectiva en que viven, eso que nuestros papanatas creen ser la fe de un pueblo en sí mismo y en sus destinos. Pero mienten por patriotismo.

¿Es eficaz una mentira? He aquí lo que seguramente no han inquirido ni examinado lo suficiente. Y no lo han inquirido ni examinado porque eso no es en rigor un problema lógico ni ético; es un problema estético. Suele decirse que el mentir es feo y así es la verdad. Y todo lo feo es ineficaz. Y los sabios alemanes, muy sabios, sí, sin duda, y sobre todo en sus sendas especialidades, con su característica falta de sentido estético, con su creencia de instinto de la medida y de la proporción, no se dan cuenta de la ineficacia o más bien del efecto contraproducente de sus redondas aseveraciones sin prueba alguna.

Para un hombre verdaderamente desapasionado y sereno basta cotejar documento con documento—el manifiesto de los sabios alemanes y el de los ingleses—y compararlos para ver que el uno procede más de unos sabios específicos, de unos servidores del Kaiser, de unos especialistas al servicio de la guerra, y el otro de unos hombres que hacen ciencia y que se han educado en una patria de libertad y de libre opinión pública. En el tono mismo el uno parece un documento im-





perial, dogmático, preceptivo, lleno de infatuación, «ex cathedra», y el otro es un sencillo alegato moderado y sereno.

Habrà quien diga que esa manera de expresarse dogmática, imperial, «ex cathedra», arguye mayor convicción de lo que se dice y confianza en ello, mas no siempre suele ser así. El hombre suele adoptar ese tono más que cuando está convencido de lo que dice, cuando trata de engañar a los demás o acaso de engañarse a sí mismo tratando de engañarlos.

En general todo lo que oigo decir y leo sobre la confianza que tiene Alemania en la justicia de su causa y en la seguridad de su triunfo, no me convence. Creo más bien que tratan de convencerse a sí mismos y para lograrlo fingir estar convencidos. Es demasiado lo que se preocupan de la propaganda y del reclamo. Y los sabios, no por serlo, dejan de ser alemanes. Al contrario, lo son más aún. Treitschke, uno de los apóstoles del imperialismo germánico, el que dijo que la guerra es la política por excelencia; escribió también que el alemán es un héroe nato —«ein geborener Held»— Yo diría más bien que es un sabio nato o un catedrático de nacimiento. El alemán nace profesor y aun cuando luego se desvie de esta su vocación nativa siempre le queda la «profesuría» dentro. Y yo que he pasado lo más y lo mejor de mi vida entre profesores, aunque no alemanes y por lo tanto más o menos de pega y falsificados, os digo, lectores, que el amor a la verdad no es su rasgo más característico sobre todo si se trata de defender el comedero o su prestigio profesional. Esta es la verdad verdadera.

Miguel de Unamuno.

